

de complexión y musculoso sin pesadez, piel de matiz caliente, que os mira con fijeza á la cara: en una palabra, hombre completamente fuerte que parece esperar la acción y la expansión, pero que esperando no se prodiga y permanece inmóvil.

Todo este camino y este paisaje, hasta Nápoles, deben ser bastante bellos, pero á cielo claro y en estío. Muchas montañas de hermoso y variado aspecto, no enormes, pero grandes y medio cubiertas de arbustos; á veces, una población blanca y gris que cubre toda una colina redonda como una colmena de abejas... Pero la lluvia y la niebla confunden las formas, el invierno todo lo ensucia, no hay verdor, las hojas secas y pajizas penden de los árboles como un vestido viejo: los torrentes cenagosos decolaran la tierra; ésta es un cadáver en vez de una hermosa joven adornada de flores.

NÁPOLES

20 de Febrero.

Este es otro clima, otro cielo, casi otro mundo. Al aproximarme esta mañana al puerto, cuando el espacio se ha ensanchado y el horizonte se ha descubierto, no he distinguido á primera vista más que blancuras y esplendores. A lo lejos, bajo la bruma que cubre el mar, extendíanse y prolongábanse las montañas luminosas y satinadas como nubes. Avanzaba el mar á grandes olas blanquecinas y el sol, vertiendo su río de llamas, formaba como un riel gigantesco de metal fundido que tocaba en la playa.

Medio día he pasado en la Villa Real; es un paseo plantado de robles y de arbustos siempre verdes, que sigue á lo largo de la costa. Algunos árboles nuevos, atravesados por la luz, abren sus tiernas hojas, aun pequeñas, y esparcen ya sus florecitas amarillas. Estatuas de bellos jóvenes desnudos, Europa montada en su toro, inclinando todos ellos sus cuerpos de blanco mármol entre el verde claro de las plantas. Lagos de claridad vienen á brillar, destacándose sobre los prados de césped; hierbas trepadoras se entrelazan ciñendo

las columnas; aquí y allí brilla la púrpura viva de las flores nuevas, y los cálices delicados de terciopelo tiemblan bajo la brisa templada que llega del mar y juguetea entre los troncos de los robles. El aire y el mar son benéficos; ¡qué contraste, si se recuerdan las costas del Océano, aquellas nuestras montañas de las costas de Normandía y de Gascuña, batidas por los vientos, azotadas por la lluvia, donde los árboles desmenuados se ocultan entre los huecos, donde las aliagas y el césped arrasado se adhieren miserablemente á las escarpas! Aquí la vecindad de las olas alimenta las plantas: siéntese la frescura y la dulzura del soplo que viene á acariciarlas y abrirlas suavemente. Aquí todo se olvida. Escúchase el tenue ruido de hojas que cuchichean, y se contemplan con delicia sus sombras que se mueven sobre la arena. Sin embargo, á seis pasos, el mar se agita con su rumor profundo, á medida que sus sábanas espumosas vienen á adelgazarse y redondearse en las arenas. Evapórase la bruma bajo el sol; entre follajes se ve el Vesubio y sus montes vecinos, toda la cadena de montañas que se extienden á lo lejos. Son de un color violado pálido, y á medida que declina el día, este tinte se hace más tierno. Al fin, el matiz más delicado de la malva, ó una corola de flor, son menos encantadores: el cielo ha quedado puro y la mar en calma; ya no es más que de color azul.

Imposible describir este espectáculo. Lord Byron dice la verdad: no se pueden comparar las bellezas del arte con las naturales. Un matiz quedará siempre muy por debajo de un paisaje real, y éste por cima siempre de la idea que de él puede formarse. Esto es bello; no sé yo decir otra cosa: esto es grande y esto es dulce; esto causa placer

á todo hombre, á todo corazón y sentido; no hay nada más voluptuoso, nada más noble. ¿Cómo ni para qué tomarse la molestia embarazosa de trabajar y producir cuando se tiene esto delante de los ojos? No vale la pena de tener una casa bien ordenada, construir laboriosamente esas vastas máquinas que se llaman una Constitución ó una Iglesia; buscar goces de la vanidad ó del lujo; se tiene toda la flor de la vida con una sola mirada.

Estaba yo sentado en un banco; veía avanzar la noche, borrarse los colores, y parecíame estar en los Campos Eliseos de los poetas clásicos. Dibujábanse las formas elegantes de los árboles en el azul claro del cielo. Los plátanos despojados, los mismos robles desnudos, parecían sonreír. El cielo parecía comunicarles su serenidad deliciosa, manchada por el fino trazo de sus ramas. No parecen ellas, como en nuestro país, muertas ó atrofiadas, sino adormecidas, y bajo el contacto del aire tibio, prontas á entreabrir sus yemas y á confiar sus brotes á la primavera vecina. Acá y allá una estrella se encendía y la luna comenzaba á verter su luz blanca. Más blancas aún las estatuas, parecían vivir en esta amable luz misteriosa y nocturna. Grupos de jovencitas, cuyas faldas ondulaban ligeramente, venían avanzando sin ruido como sombras de la dicha. Parecíame asistir á la antigua vida griega; que comprendía yo la finura de sus sensaciones; que bastaría á ocuparme siempre la armonía de estas formas afiligranadas y de estas tintas desvanecidas, y que ya no tenía en adelante necesidad de más colorido ni más esplendor. Creía oír recitar los versos de Aristófanes; ver á su joven atleta casto y bello, contento, por todo placer, con pasearse llevando una corona sobre la cabeza entre los álamos y las

zarzas en flor, acompañado de un juicioso amigo de su edad. Es Nápoles una colonia griega, y cuanto más se la mira más se siente que el gusto y el espíritu de sus pueblos toman la forma de su paisaje y de su clima.

Hacia las ocho ya no se sentía ni un soplo de viento. Parecía el cielo de lapizlázuli; como reina inmaculada, la luna lucía sola en medio del azur; su luz temblaba sobre las aguas y parecía un río de blanca leche. No hay palabras para expresar la gracia y la dulzura de las montañas envueltas en su último tinte y el vago violeta de su vestidura nocturna. El muelle, la selva de barcos, más encantadores por su negrura profunda, y hacia la derecha figuraba Chioja, con su cintura de casas iluminadas alrededor del golfo, una guirnalda de llamas.

Brillan los fanales desde todas partes; las gentes hablan alto, rien y corren al aire libre: este cielo por sí solo es una fiesta.

A través de Nápoles

¡Qué calles se atraviesan! Altas, estrechas, sucias, con balcones que se desploman en todos los pisos; un hormiguero de tiendecillas y de tenduchos al aire libre, hombres y mujeres que compran, venden, charlan, gesticulan, se codean, la mayor parte desmedrados y feos; las mujeres sobre todo, pequeñas y chatas, de cara amarilla y ojos brillantes, sucias y ajadas, con mantones rameados y pañoletas violáceas, rojas, anaranjadas, siempre de colores vivos, adornadas con dijes de

cobre. En los alrededores de la plaza del Mercado se abre un laberinto de callejuelas enlosadas, tortuosas, llenas de polvo ya antiguo, sembradas de cáscaras de naranjas y de sandías, restos de legumbres, desperdicios sin nombre; la muchedumbre se amontona, negra y hormigueante, en la sombra palpable, bajo la bóveda clara del cielo. Todo esto se remueve, come, bebe, huele mal; se diría que eran ratones en una ratonera, esto es, el aire espeso, la vida desordenada y abandonada de los *lanes* de Londres. Felizmente el clima es favorable á los cuchitriles y á los andrajos.

A veces en medio de estos tabucos se eleva la esquina enorme, la puerta monumental de un antiguo palacio; se ven por una abertura anchas escaleras con balaustradas que ascienden y se entrecruzan, terrazas interiores sostenidas por una columnata, restos de la vida murada y grandiosa, tal como apareció bajo la dominación española. Los señores habitaban allí con sus gentiles-hombres, sus criados en armas y sus carrozas, solicitando pensiones, dando fiestas, asistiendo á las ceremonias, únicos visibles, únicos importantes, mientras en las callejuelas la canalla de mercaderes y artesanos miraba sus suntuosas recepciones, tan desdeñada y lastimosa como en otros tiempos el rebaño de siervos tolerados alrededor del torreón feudal.

Multitud de frailes pululan por el barro, con sandalias ó zapatos y sin medias: algunos tienen una cara picaresca y burlona, como la de un Sócrates mixto de Polichinela; la mayor parte son verdaderos hijos del pueblo: patrullan con su vieja y raída capilla y marchan moviendo los hombros con aire de cochero. Uno de ellos se inclinaba apoyándose con los codos en un balcón, para

vernos mejor, gordo, panzudo, inflado, grueso, encapuchado, listo como los pinta Rabelais, bien penetrado de su importancia y también de su gordura, como un cerdo curioso y desconfiado que mira cuanto le rodea. Por otra parte, en las mejores calles se encuentran clérigos jóvenes, elegantes, vestidos de negro, puestos de cinco mil alfileres, con expresión de reserva inteligente y diplomática. Alto y bajo, hay de todo, así para los palacios como para los bodegones.

Cinco ó seis iglesias hay en el camino; las estatuas de la Virgen están pintadas como muñecas de peluqueros, y además vestidas como señoras: una con un gran vestido color rosa, con anchas cintas azules, un tocado pretencioso y seis espadas en el pecho. El niño Jesús y los santos se hallan también vestidos á la moderna: algunos llevan una verdadera capucha de monje, otros muestran su piel de cadáver y llagas sangrientas. Imposible hablar más físicamente á la vista y á los sentidos (1). Una vieja arrodillada gemía delante de la Virgen. Así vestida y ensangrentada, la Madona es tan real como una princesa viuda; se le habla en el mismo tono, y se llora para enternecerla.

Santa María *della Pietra*, Santa Clara, San Je-

(1) Uno de mis amigos me habla de cierta Madona que ha visto en Sicilia: tiene colocado sobre el pecho un gran exvoto de plata, que representa la parte del cuerpo curada por su intercesión. El enfermo tenía hemorroides. En Mesina, el 15 de Agosto, se pasea por las calles, en honor de la Virgen, una máquina compuesta de aros giratorios; niños que figuran ángeles, están sujetos allí, pero en tal disposición, durante siete horas, que la mayor parte son separados muertos ó moribundos, y las madres se consuelan diciendo que la Virgen ha llevado al angelito al paraíso. (*Misterios de los conventos de Nápoles*, página 39, por Enriqueta Caracciolo, exbenedictina.)

naro, tres iglesias de las cuales la primera es una bombonera brillante: se enseña en ella una estatua del Pudor bajo su velo; pero el velo es tan delgado y tan adherido, se halla tan bien extendido por la garganta y las desnudeces del cuerpo, que está más que desnuda la figura. En el fondo de una cripta se ve un Cristo muerto, envuelto en su sudario; el guarda enciende una bujía, y en este tinte pálido, en el aire húmedo y frío, la vista, los otros sentidos y todo el sistema nervioso se turban al contacto de un cadáver. Estas son las obras maestras de la superstición y de la escultura; hay con qué hacer brillar al artista, distraer al epicúreo y hacer temblar al devoto. Yo no hablo del lujo de las pinturas, de los adornos prodigados y del ornato pretenciosos; esto es aún más visible en Santa Clara, en los enormes follajes de plata que encumbran el altar, en la cantidad de balaustadas de cobre dorado, en los adornos, en las bolitas de oro, en los cirios con guirnaldas, los altares sobrecargados de baratijas como las que las niñas prefieren para embellecerse en el día del Corpus. Lo mismo se observa en un gran número de iglesias, cuyos nombres he olvidado. Este catolicismo pagano es chocante; se descubre siempre en él un fondo de sensualidad bajo las apariencias del ascetismo. Las cabezas de muerto, los relojes de arena mortuorios, las invocaciones místicas, hacen el contraste más disparatado con los dorados, las columnas de preciado mármol y los capiteles griegos. No tienen del cristianismo más que la superstición y el temor. Aquí, particularmente, la grandeza falta y la afección reina. De una iglesia hacen un almacén de lindas cosas. Juzgo bien investigado el sentimiento de las gentes para quienes se ha construído esto: no encuentro

más que el deseo de ir á tomar el fresco á una tienda de orfebrería, ó todo lo más el pensamiento de que, dando mucho dinero á un santo, os preservará de la fiebre. Esto es un casino al uso de los cerebros imaginativos. Para los arquitectos y los pintores, son heraldos las iglesias, que con sus fantasmagorías ó ilusiones ópticas, sus bóvedas enormes de extrañas curvas, tratan de despertar la atención estragada. Indica todo esto una época degradada, la extinción del verdadero sentimiento, la hinchazón de un arte que se esfuerza y que se gasta, los perniciosos efectos de una civilización agotada y de una dominación extranjera. Y así, en esta decadencia, hay siempre algún fragmento ó resto que aun siente del antiguo y poderoso genio. En San Jenaro, por ejemplo, vigorosos cuerpos pintados por Vasari encima de las puertas; techos de Santa-Fede y de Forti; grupos amplios, personajes de noble aspecto y muy airoso; tumbas, una gran nave, donde se alinean medallones de arzobispos, y cuya alta curva monumental y el fondo dorado en concha se extiende con la majestad de una decoración suntuosa.

En el Convento de San Martín

Subimos por callejuelas sucias y populosas. No puedo acostumbrarme á estos andrajosos que mueven los brazos y charlan. Las mujeres no son nada bonitas; su rostro es de tonos terrosos hasta en las jóvenes; la nariz chata estropea su fisonomía; el conjunto no es más que un semblante despierto y vivaz, bastante parecido á las caras aja-

das del siglo XVIII, pero á cien leguas de la belleza griega que se les atribuye.

Subimos, seguimos subiendo, subimos siempre. Esto no acaba nunca; escalera sobre escalera, y siempre andrajos y ropa colgando en las cuerdas; después más callejuelas, burros cargados que asientan sus pezuñas sobre la pendiente resbaladiza del arroyo fangoso, que se deslizan miserablemente entre los guijarros, muchachos harapientos que piden limosna y mueblajes al aire libre. La montaña es una especie de elefante donde anidan insectos humanos que arañan y se revuelven.

Tal casa no tiene planta baja, se sube á ella por una escalera; además, la puerta permanece abierta y en el fondo sombrío se ve un hombre que toca la guitarra entre mujeres que mondan legumbres. Y de repente, al salir de esta prendaría, de estos agujeros de ratas, de este campamento de pobres diablos, se abre el espléndido convento, entre todas las magnificencias de la Naturaleza y todos los refinamientos del arte.

Un patio sobre todo amplio, rodeado de cuatro pórticos de mármol blanco, con una vasta cisterna grisácea en el centro, me ha parecido admirable. Altos y espesos bojs y espliegos azulados lo cubren con su sencillo y sano verdor; por encima brilla el reluciente blanco de los mármoles, después el rico azul del cielo; cada color encuadra y hace resaltar el otro. ¡Cómo se comprende aquí la arquitectura y los pórticos! En el Norte no son más que una cosa extraña al resto de la obra, una importación de pedantes; no hay en ellos nada que hacer, no se pasea por la tarde al aire libre, no se tiene necesidad de resguardo contra el sol, ni de aberturas para recibir la brisa del

mar. Y sobre todo no se siente allí la necesidad de líneas limpias y cortadas, colores sencillos, en pequeño número, ampliamente opuestos. Es preciso estar bajo el pleno del cielo para juzgar del pulimento y la blancura de los mármoles. El arte se ha hecho para este país. En la disposición feliz en que el cielo luminoso y este aire fresco ponen al alma, se ama el adorno, se está contento de ver á los pies mármoles coloreados que forman un dibujo, de ver al final de una galería un gran medallón ricamente esculpido, de contemplar, en el remate de los pórticos, estatuas medio desnudas de hermosos santos jóvenes, una santidad finamente vestida. El cristianismo se vuelve pintoresco y amable, alegra la vista y pone al alma en una actitud sonriente y noble. Al final de la galería se abren balcones sobre el mar. Desde aquí aparece Nápoles, inmensamente extendido y prolongado hasta el Vesubio por una línea de casas blancas alrededor del golfo, la costa que se hace curva, abrazando al mar azul, y al lado de allá el reflejo de oro, el hormiguero luminoso bajo el sol, que tiene el aspecto de una lámpara suspendida en la redondez cóncava del cielo.

Por debajo descende una larga colina de olivos de un verde claro; son los jardines del convento. Alamedas sombreadas por los surcos se alargan por todas partes donde el suelo ha podido servirles de nivel. Plataformas con grandes árboles solitarios, edificios macizos que hunden sus cimientos en las rocas, una columnata en ruinas, enfrente el golfo entero, las velas pequeñas de los buques, el monte San Angelo, el Vesubio que humea. El convento es un pequeño mundo cerrado, pero completo, ¡y cuántas bellezas hay en su recinto! Se cree uno transportado á cien leguas de

nuestra pobre vida estrecha y burguesa. Van los frailes con la cabeza desnuda, con hábito pardo ó blanco y burdos zapatos; pero la belleza les rodea, y no he visto palacio de príncipe que deje una impresión tan bella. Falta el confort rudimentario, es verdad, y á causa de esto todo lo demás está bien compensado.

He visto últimamente una de las más ricas y elegantes casas modernas, situada como ésta frente al mar. El dueño es un hombre de gusto, que ha ganado algunos millones, y que tira el dinero generosamente. Todo está barnizado en la casa y no hay nada grande, ni una columnata, ni una gran sala de aparato. ¿Qué hacer aquí? Esto es agradable para habitarlo, pero no hay un rincón, ni fuera ni dentro, que un pintor hubiese deseado copiar. Cada objeto lleva en sí una maravilla de refinamiento y de comodidad; hay seis botones de timbres al lado de la cama; los cortinajes son admirables; nada más blando que los sillones. Se ven, como en las casas inglesas, multitud de utensilios pequeños que responden á vulgares necesidades. El carpintero y el tapicero han razonado sobre los mejores medios de evitar el calor, el frío y el resplandor, de lavarse, de escupir, pero no han razonado sobre nada más. Los únicos objetos de arte son algunos cuadros de Wateau y de Boucher, y aun hacen allí mal efecto, pues recuerdan otra época. ¿Es acaso que subsisten aún entre nosotros algunos restos del siglo XVIII? ¿Es que tenemos verdaderas antecámaras y el aparato espléndido de la vida aristocrática? Tantos lacayos nos abrumarían; si guardamos cortesánías es en nuestros despachos; no queremos en nuestras casas más que un buen sillón mullido, cigarros escogidos, comida fina y todo lo más, para los días

de representación, un aspecto de lujo nuevo que nos honre. No sabemos tomar la vida en grande, salir de nosotros mismos; nos limitamos á un modesto bienestar personal, en una insignificante obra de por vida. Aquí se reduce el vivir y las necesidades á lo más necesario. Así, libre el alma, como los ojos, podía contemplar los vastos horizontes, todo lo que se extiende y dura más allá del hombre.

Un fraile amarillo, de ojos brillantes y aire grave y concentrado, nos condujo á la iglesia. No hay un corredor, un sitio visible cualquiera que no lleve el sello de un artista. A la entrada, en el patio desnudo, una Virgen de Bernini, retorcida en sus ropajes delicados, mira á su Hijo, delicado y lindo como un amor de *boudoir*; pero ella es grande y se siente de su raza, la de los nobles cuerpos creados para los grandes pintores. Cuando decoraron este convento, en el siglo XVII, no tenían la idea pura de lo bello, pero ya entonces sólo pensaban en realzarlo. Sentiréis el contraste recordando el interior de Windsor, de Buckingham-Palace ó de las Tullerías.

La iglesia es de una belleza extraordinaria. Lo que allí hay amontonado en mármoles preciosos, pinturas y esculturas es indecible. Las balaustradas y las columnas son verdaderas alhajas. Una legión de pintores y de escultores contemporáneos, el Guido, Lanfranc, Caravagio, el caballero de Arpino, Solimeño y Lucas Jordán, han prodigado allí las audacias, las gracias y las delicadezas de su pincel. Al lado de la nave principal, las capillas laterales y la sacristía lucen á centenares las pinturas. No hay un rincón de los techos que no esté cubierto. Todos estos cuerpos pintados se mueven y se revuelven como si estuvieran en el

aire libre; las vestiduras flotan ondeantes, chocando entre sí; las carnes rosadas y vivas lucen entre las sedas de las túnicas; los hermosos miembros parecen gozar en ostentarse y moverse; algunos santos medio desnudos son jóvenes encantadores; un ángel de Lucas Jordán, vestido de azul, con las piernas y espaldas desnudas, parece una joven enamorada. Las actitudes son un tanto exageradas: toda esta pintura produce impresión de desorden, pero está en armonía con los reflejos de los mármoles coloreados, con las telas agitadas de las estatuas, con el centelleo de los adornos de oro, con la magnificencia de los capiteles y de las columnas. Esta decoración no es ciertamente fría y vulgar como la jesuítica. El soplo del gran siglo anterior mueve aún toda la máquina; es de Eurípides, si no es de Sófocles. Algunas piezas son espléndidas, entre otras un *Descendimiento de la Cruz*, de Ribera. El sol caía en aquel momento sobre la cabeza del Cristo á través de la cortina de seda roja medio corrida. Los fondos negruzcos parecían así más lúgubres: al lado de esta claridad súbita de carnes luminosas y del doliente colorido español, los tintes místicos ó violentos de las figuras pasionarias en la sombra daban á toda la escena el aspecto de una aparición, como si se hiciese también en el cerebro monacal y caballeresco de un Calderón ó de un Lope.

Carrera de Pouzzoles á Baña

Al final del subterráneo de Posilippo comienza la campiña, especie de verjel lleno de altas viñas, cada una enlazada con el árbol que la sos-

tenia; debajo brilla el color rosáceo elegante de altramuces verdes y de no sé cuáles crucíferas amarillas. Todo esto duerme en la bruma tibia como un aderezo en su gasa.

Al volver del camino, el mar aparece, y el camino lo sigue hasta Pouzzoles. La mañana está gris, y nubes húmedas nadan lentamente sobre el horizonte empañado. La bruma no se evapora; solamente á lo lejos se adelgaza y deja llegar un pálido rayo de sol, como una imperceptible sonrisa. No obstante, el mar lanza sus largas sábanas blancas y tranquilas sobre una arena tan suave como ellas; después se va con un ruido monótono y repetido.

Un tinte uniforme, de azul pálido y como borroso, llena el espacio inmenso, todo el cielo y todo el mar. Cielo y mar se confunden; á veces parece que las barcas negras son pájaros que se ciernen en el aire. No hay ruido; apenas si se escucha el murmullo ligero de las olas. Los dulces matices de la pizarra que llora en los huecos húmedos, dan por sí solos la idea de este color borroso. Instintivamente recita uno por lo bajo los versos de Virgilio; se piensa en las comarcas silenciosas adonde descende la Sibila, reinos en que flotan las sombras, no frías y lúgubres como cimmericiana (1) de Homero, sino donde la vida evaporada y vaga reposa, esperando que la fuerza del sol la concentre y le dé color brillante en el torrente de la existencia, ó bien en aquellas playas adormecidas donde están las almas futuras, poblaciones susurrantes y vaporosas que revolotean apenas como las abejas alrededor de los cá-

(1) Los cimmericianos eran un pueblo antiguo de los confines del Ponto Euxino.—(N. del T.)

lices de las flores. Nísida, Ischia, en la lejanía, y el cabo Miseno, no parecen seres reales, sino sombras nobles á punto de llegar á la vida. Más lejos, en toda la campiña, los troncos blancos de los plátanos, los verdores suavizados por el invierno y la bruma, los finos tallos de los rosales, las aguas tranquilas del lago Averno, los contornos dudosos de las montañas, todo el paisaje lánguido y mudo parece reposar, dormir, no destrozado y roído por la muerte, sino envuelto dulcemente en una faz bienhechora y monótona. De esta manera es como los antiguos han concebido *el más allá*, la extinción de la vida; sus tumbas no son lúgubres; la muerte reposa allí y no es sufrimiento y destrucción; se lleva á los que fueron manjares, vino, leche; viven aún, solamente que del pleno día han pasado al crepúsculo. Las ideas cristianas y germánicas, Pascal y Shakespeare, no tienen para qué hablar en estos sitios.

Nada hay que decir de Baía. Es una pobre aldea, donde se amarran algunas barcas alrededor de una antigua fortaleza. La lluvia ha llegado y la ha hecho una cloaca. Pouzzoles es peor aún. Los puercos fangosos vagan por las calles. Algunos de ellos, sujetos por el vientre con un cinturón, gruñen y se revuelcan. Los niños andrajosos parecen sus hermanos. Una docena de mendigos, sucia canalla parásita, se aproxima al coche; se les rechaza, se les arroja; de nada sirve, pues quieren absolutamente servir de guías. Parece que hace tres años era esto peor que ahora. En lugar de doce hubiéramos sufrido cincuenta á nuestro alrededor; los cerdos erraban en las calles de Nápoles como aquí. Este pueblo aun se halla en estado salvaje. Cuando vió llegar al rey Víctor Manuel, quedó muy admirado, y se imaginaba que el mo-

marca había destronado á Garibaldi. Algunos de ellos no tienen más que un zapato; otros llevan los pies descalzos y las piernas desnudas en el barro. Sus harapos no pueden ser descritos: no los hay semejantes más que en Londres. Se ven, por las puertas entreabiertas de las casas, mujeres que espulgan á sus niños, camastros y cuerpos medio acostados. En las plazas, á la entrada del pueblo, un grupo de vagabundos, chicos y grandes, espera una presa, un extranjero, y se precipitan sobre él. Tres de ellos se mostraron más encarnizados que los demás, y mi compañero se puso á bromearse. Entendieron al punto la burla y respondieron con una mezcla de humildad y desvergüenza insultante. Ellos mismos se burlaron también entre sí; uno sobre todo, mostrando á su camarada, lo acusó de tener una querida disforme, y describió con detalles la deformidad. ¿Cuál es la desgraciada que puede tener por amante á tal hombre? Supongo que habrá perdido hasta el olfato. En todo el subterráneo de Posilippo, y en general en todo Nápoles, se experimenta el deseo de taparse la nariz, y sobre todo en verano. Esto es universal en el Mediodía, en Aviñón y en Tolón como en Italia. Se pretende que los sentidos de los meridionales son más delicados que los de las gentes del Norte: reducid esta pretensión á la vista y al oído, y aun es mucho.

Vamos á ver un templo de Serapis, del que tres hermosas columnas quedan en pie todavía; á la entrada hay baños antiguos y fuentes sulfurosas; toda la costa aparece llena de despojos romanos. Las arcadas de los pueblos, los restos de las alhóndigas, las sustracciones marítimas, forman una cadena casi continua. La mayor parte de los

poderosos de Roma tenían aquí su casa de campo... pero ¡basta! Hoy no me encuentro de humor arqueológico.

Estoy equivocado; el anfiteatro, sobre todo, valdría la pena. Las bóvedas, recientemente sacadas de la tierra, son frescas y parecen de ayer. Un enorme subterráneo servía de alojamiento á los gladiadores y á las bestias. El circo tendría sitio para unos treinta mil espectadores. No hay ninguna ciudad romana, de Metz á Cartago, de Antioquía á Cádiz, que no haya tenido el suyo. Durante cuatrocientos años, ¡qué consumo de carne viva! Cuanto más se miran los circos, más se ve que toda la vida antigua terminaba allí; la ciudad era una asociación para la caza y la explotación del hombre; ha usado y después abusado de los cautivos y de los esclavos: en los tiempos de sobriedad se ha sustentado de su trabajo; en las épocas de decadencia se ha divertido con su muerte.

En estos vastos sótanos, en esta ciudad subterránea, yacen columnas derribadas por los temblores de tierra, parecidas á enormes troncos de árboles. Las cabelleras verdes de éstos penden á lo largo de las paredes; el agua se rezuma como una fuente que, gota á gota, cayese de los cabellos de una náyade.

Paseo á Castellamare y Sorrento

El cielo está casi claro; solamente un banco de nubes pende por encima de Nápoles, y alrededor del Vesubio grandes humaredas blancas giran y

duermen. No he visto aún, ni en el verano en Marsella, este color del mar de azul tan pronunciado, casi duro. Por encima del fuerte y luciente azul, que ocupa las tres cuartas partes del espacio visible, el cielo es blanco y parece un cristal. A medida que uno se aleja, se ve mejor la costa ondulante, la gran masa de la montaña; todas sus porciones se sostienen como miembros de un cuerpo; en un extremo Ischia y los promontorios desnudos reposan en su tinte de color lila, como una durmiente de Pompeya bajo su velo. En verdad, para pintar tal Naturaleza, ese continente violeta extendido á orillas de la gran masa de agua luminosa, haría falta valerse de las palabras de los antiguos poetas, figurarse á las gran diosa fértil, que el eterno océano abraza y sitia, y por encima de ellos la blancura serena, el relumbrante Júpiter: *Hoc sublime candens, quem omnes invocant Jovem.*

Se encuentran en el camino hermosos rostros de rasgos delicados y finos, completamente griegos, algunas hermosas jóvenes noblemente inteligentes, y acá y allá horribles mendigos que limpian su velludo pecho; pero la raza es muy superior á la de Nápoles, donde está encogida y deformada, donde las jóvenes parecen modistillas desmedradas y descoloridas. Los hombres trabajan en los campos. A fuerza de mirar piernas y pies desnudos, se interesa uno por las formas; se está contento de ver el músculo de la pantorrilla tenderse para empujar un carrito, inflarse y abrazar la pierna; la vista sigue su curva y desciende hasta el pie. Causa placer ver los dedos regulares, bien apoyados sobre la tierra, el buen asiento de cada hueso, la redondez del pulgar, la aptitud y la fuerza activa de todo el miembro. De espectácu-

los cotidianos semejantes nació en otro tiempo la escultura. Tan pronto como llegó el zapato no se pudo decir ya como en tiempo de Homero: «mujeres de hermosos talones»; el pie no tuvo en adelante forma, no interesa más que al zapatero, no produce modelos que, corrigiéndose gradualmente uno del otro, dejan entrever la forma ideal. En otro tiempo el romano, rico ó pobre, y el griego, mostraban diariamente su pierna, y en los baños, en los gimnasios, todo su cuerpo. La costumbre de ejercitarse desnudo ha sido el rasgo distintivo del griego, y se ve por Herodoto cuánto chocaba esta costumbre á los asiáticos y á los bárbaros.

El ferrocarril sigue á lo largo del mar á tres pasos de su orilla, casi á nivel. Un puerto aparece, dibujando en él las formas negras de los aparejos; después un muelle, un fortín medio arruinado que da sombra, y cuyas aristas vivas rompen sobre esta expansión de luz. Alrededor casas cuadradas, grises y como tostadas, se amontonan, á manera de tortugas, bajo un techo redondo, que les forma un espeso caparazón. Es la *Torre del Greco*, que se defiende contra los temblores de tierra y contra la lluvia de ceniza lanzada por el Vesubio. Al otro lado el mar se quiebra en gruesas láminas que se encorvan y vuelven á caer como una esclusa. Todo esto es grandioso y encantador; sobre esta tierra llena de cenizas y fértil, los cultivos se extienden hasta la ribera y forman un jardín; un sencillo vallado de rosales lo defiende contra el viento del mar; las higueras africanas, con sus ramas pesadas, escalan las pendientes; el verdor empieza á correr bajo los ramajes; los albaricoqueros sonríen junto á sus florecillas de color de rosa; los hombres, medio desnudos, trabajan sin esfuerzo al calor tibio del

sol; algunos jardines cuadrados ostentan bellas columnas, y en medio una estatuilla de mármol blanco. Por todas partes señales de la alegría y belleza antiguas. ¿Cómo no admirarse, cuando se siente uno acompañado de este divino sol primaveral, de esta corriente de oro y de llama líquida que uno encuentra siempre á su derecha en cuanto se lanza la vista sobre el mar?

¡Cómo se olvidan fácilmente aquí todas las cosas desagradables! Me parece que en Castellamare he visto al paso feos edificios modernos, una estación de ferrocarril, hoteles, un cuerpo de guardia, una cantidad de coches derrengados que se apresuran por recoger á los extranjeros. Todo esto se ha borrado; no queda más que el recuerdo de los pórticos oscuros, á través de los cuales se entrevén patios iluminados, llenos de naranjos lozanos y de frescos verdores, explanadas donde juegan los niños, se secan las redes, y felices ociosos aspiran el aire y contemplan los saltos caprichosos y los movimientos de las olas.

A partir de Castellamare, el camino es una cornisa que serpentea al borde del mar. Grandes rocas blancas han rodado hasta las olas, que eternamente las asedian. A la izquierda, la montaña eleva á pico sus cimientos quebrantados, sus muros labrados en talla, sus picos ásperos, toda esta construcción de almenas, que parecen las ruinas de una línea de fortalezas destrozadas y bamboleantes. Cada arista y cada bloque forman una sombra sobre la uniformidad de la muralla blanca, y toda la cadena está poblada de formas y de tintas.

A veces la cadena se hiende en dos por una ranura, y en ambas pendientes de la quebrada los cultivos descenden por pisos. Sorrento está

también escalonado sobre tres cortes profundos. Todos estos fondos son jardines, donde los árboles se aprietan y se amontonan. Los nogales, ya excitados por la abundante savia, extienden como manos nudosas sus ramas blanquecinas. Todo lo demás es verde; la mala estación no ha podido hacer presa sobre esta eterna primavera. Entre los follajes de los olivos, los naranjos extienden sus fuertes y lucientes hojas; sus manzanas de oro, por millares, brillan al sol entre líneas de limones pálidos. A menudo en la sombra de las callejuelas, en la cresta de un muro, se ven florecer sus brillantes hojas. Esta es su patria; la tierra los prodiga hasta en los más pobres patios, al pie de las escaleras arruinadas, esparciendo sus copas redondas iluminadas por el sol. Un vago olor aromático sale de todos estos brotes verdes; es un lujo de monarca, y aquí lo tiene por nada un mendigo.

He pasado una hora en el jardín del hotel: es una terraza á la orilla del mar, en medio de la costa: tal espectáculo hace imaginarse la felicidad perfecta. Un jardín todo verde rodea toda la casa, poblado de limoneros y naranjos, tan cargados como un manzano de Normandía. Los frutos se hallan caídos en tierra al pie de los árboles. Otros arbustos, plantas de color verde pálido ó azulado, llenan los macizos. En las ramas desnudas de los melocotoneros, las flores rosadas comienzan á abrirse, pequeñas y frágiles. El suelo es de una loza azulada que brilla mucho, y la terraza se extiende por el mar, cuyo admirable azul llena el espacio.

No he querido hablar aún, no me atreveía á tocar esta sensación: la sentía desde Castellamare, pero era demasiado encantadora. El cielo es

claro, azul pálido, casi transparente, y el mar de un azul radiante, casto y tierno como una prometida ó una virgen. Esta amplitud infinita del espacio, vestida tan deliciosamente como para una fiesta voluptuosa y delicada, deja una sensación que no tiene igual. Capri é Ischia, al borde del cielo, son blancas en su suave muselina de vapor, y el azul divino luce suavemente, perdiéndose de vista, encerrado en este cuadro blanco.

¿Qué palabras encontrar para expresarlo? El golfo entero parece un vaso de mármol redondeado expresamente para recibir el mar. Una flor satinada, un ancho iris aterciopelado, de dos pétalos luminosos donde se destaca el sol, y que vienen á igualarse sobre un marco nacarado; he ahí las ideas que se presentan en el espíritu, y que, vanamente aglomeradas, de nada sirven.

Al pie de las rocas, el agua es verde como una esmeralda transparente, á veces con reflejos de turquesa ó de amatista, especie de diamante líquido que cambia de tinte con todos los accidentes de la profundidad ó de las rocas, especie de joyel abigarrado y móvil que encuadra la apertura de la divina flor.

Desciende el sol, y al Norte el azul se hace tan profundo, que se parece al color del vino rojo obscuro. La costa se vuelve negra, y se levanta en relieve como un largo cordón de azabache, mientras que toda la claridad se esparce y se ostenta sobre el mar.

A lo largo del camino, pensaba yo en Ulises y en sus compañeros, en sus buques de dos velas, parecidas á las que se mecen como gaviotas en medio del agua; pensaba en la orilla que ellos costeaban; en los ancones desconocidos, donde por la tarde anclaban sus buques; en la admira-

ción vaga en que los dejaban las nuevas selvas; en el sueño de sus miembros, extendidos sobre la arena seca de los promontorios; en los hermosos cuerpos heroicos, cuya desnudez adornaba estos cabos desiertos. Las sirenas de cabellos sueltos y torso de mármol, podían lavarse en este azul cerca de estas rocas pulimentadas; no hace falta aquí gran esfuerzo para escuchar en espíritu su canto, el de Circe la encantadora. Podía ella en este clima decir á Ulises: «Ven, vuelve tu espada á su vaina, y subamos ambos sobre nuestro tálamo, á fin de que, estando unidos por el tálamo y por el amor, tengamos confianza el uno en el otro.» Las palabras del viejo poeta sobre el mar purpúreo, el Océano que abraza la tierra, sobre las mujeres de blancos brazos, volvían ahora como en su patria.

Es que todo esto es bello, y en este aire clemente, la vida puede deslizarse sencilla como en los tiempos de Homero. Todo lo que tres mil años de civilización han añadido á nuestro bienestar, parece inútil; ¿qué es lo que el hombre necesita aquí? Una pieza de lienzo y otra de tela, como los compañeros de Ulises, si se es como ellos sano y de buena raza; he aquí lo necesario; lo demás, ó es superfluo ó se ofrece por sí mismo. Mataban un gran ciervo, lo asaban sobre leños, bebían vino de sus botas, y encendiendo un fuego, dormían por la noche sobre la arena. ¡Cuánto se ha complicado y dañado el hombre desde entonces! ¡Con qué gusto se piensa en el lujo que Homero supone en una diosa! «Había—dice—una gran caverna, y allí habitaba la ninfa de hermosos cabellos. Un gran fuego ardía en el hogar, y el olor del cedro bien hendido y del limonero que se quemaban, esparcíase á lo lejos de la isla.